

## □ NUESTRAS EXCURSIONES

-34-

### Por el valle del Tiétar (28/10/17)

**En esta salida recorreremos dos tramos del GR-180 por el valle del Tiétar con una distancia total de 13,5 km. Con la agrupación Aire Libre del Ateneo de Madrid, que ha guiado con mucho acierto Mariano Muñoz.**

**Texto y fotos: Raúl Collado**

Antes de llegar al punto de partida, desde nuestra cómoda y privilegiada posición de visión turística, vamos dejando atrás sendas urbanizaciones de la gran ciudad y como si ya fuera otro mundo va surgiendo el anchuroso campo, por donde tantas veces hemos transitado, pero que inusualmente parece que contemplamos con ojos nuevos, Chapinería y la nueva torre de Navas del Rey, y te ves bajando por el desfiladero del puerto, siempre escoltado por el notable pinar de la sierra Oeste Almenara y cruzando el Río Alberche entre los embalses de San Juan y Picadas. Antes de llegar a San Martín de Valdeiglesias, has dejado atrás al pueblo de Pelayos de la Presa convertido en una inmensa urbanización.



Desde hace un buen rato, uno de los concurrentes, Fernando, ha pedido el micrófono y nos trae a modo de sentido homenaje, no sólo el bonito pueblo hacia donde nos dirigimos Pedro Bernardo, sino también, la merecida memoria de Arturo Duperier 1896-1959, científico español descubridor de los rayos cósmicos que fue considerado como una autoridad mundial en esa materia, especialidad de la que ha derivado la moderna física de partículas. Este ilustre

personaje nacido en Pedro Bernardo, fue propuesto para el Nobel de Física que no pudo obtener por causa de su fallecimiento en Madrid, precursor exiliado, como tantos otros, por causa del golpe de estado a la República en 1936, fue en Inglaterra donde obtuvo un grandísimo reconocimiento científico, y pudo volver a España en 1953 para hacerse cargo de la nueva Cátedra de Radiación Cósmica de la Universidad de Madrid. Aún así, el Régimen no le permitió incorporar en la universidad el laboratorio donado por el equipo de científicos británicos que habían trabajado con él, quedando relegada su actividad ya en España a la impartición de cursos teóricos. Fernando fue explayándose con su relato micro hablado, cada vez más entusiasmado, consecuencia del influjo habido en su feliz etapa juvenil y de sus largos veraneos bajo la pureza nocturna de Pedro Bernardo. Espectáculo celeste inolvidable de aquel inmenso espacio luminoso, pero tan desconocido como sugerente para su adolescente despertar, ya que en el pueblo siempre estaba presente la memoria de su importante hijo Duperier.

Tuvieron que pasar algunos años más para que gracias a Carl Sagan y la mirada hacia el origen nos diéramos cuenta mediante la fotografía de la sonda espacial Voyager 1, que la Tierra era solo un pálido punto azul en el universo, sin embargo Duperier fue consciente de esa inmensa magnitud del Cosmos, demostrando ese influjo de partículas cósmicas que constantemente bombardean nuestro planeta. En este mismo sentido, también tomó la palabra Luis Romero para corroborar la bonhomía del personaje, esbozado por Fernando, recordando al científico “cucharero”, ya que tuvo la suerte de conocerle al haber sido alumno suyo durante un curso en la antigua Universidad Complutense de Madrid. Es

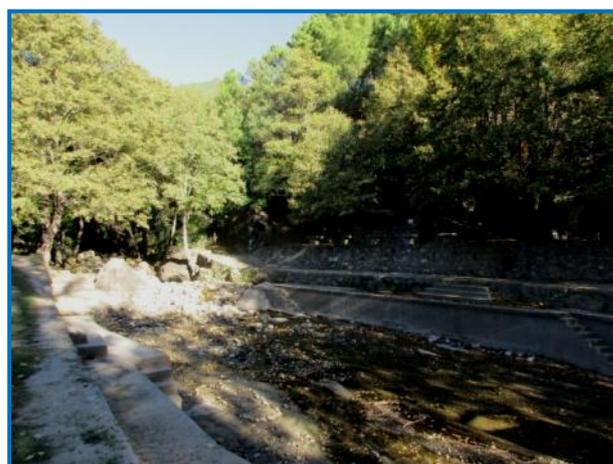
una pena que en nuestro país este tipo de personas ejemplares, no hayan sido suficientemente reconocidas como se merecen... Tuvo que ser en 2013 cuando Madrid rindió homenaje a la memoria de Arturo Duperier en el Parque Calero, con una placa cerca de donde vivía en el barrio de la Concepción.



Acabamos de pasar Piedralaves bajo la ensoñación de este estupendo recuerdo de Fernando y Luis, y tan emocionados con los aplausos que les hemos ofrecido, casi no nos hemos dado cuenta de lo bonito que es este pueblo. A las diez menos cuarto llegamos a Sotillo de la Adrada y el arracimado conjunto excursionista nos damos un piruleo, para eso del café y del pan, e incluso, con el tiempo justo, buscamos dónde comprar los tan apreciados higos avileños. Con las piernas ya estiradas y los macutos provistos, Mariano Muñoz, nuestro promotor, dispone con el conductor continuar hacia el punto de partida, situado en el comienzo del Puerto de Mijares. Sobre las once nos ponemos en marcha desde la posición Gavilanes, hoy famosa por estar descrita en un delicioso libro La Andalucía de Ávila, escrito años ha, por D. Abelardo Rivera que así describe esta comarca por todas las bondades que la acompañan. Una escultura de hierro y oxido necesariamente nos llama la atención por su elaborada maestría, representa una cargada caballería –medio imprescindible de transporte-- a quien tanto debemos la humanidad, máxime cuando toda esta zona ha estado incomunicada hasta bien entrado el siglo XX. Y ya, nos adentramos por el denominado GR-180 dejando atrás las estribaciones del pueblo Gavilanes, y enseguida nos vemos envueltos en una especie de Arcadia natural, con todo el entorno labrado y arbolado. Hace rato vimos una zona o pinar a los que los remasadores le habían practicado canales

resiníferos, pudiendo contemplar el contenido de su lenta extracción en sus adosados potes, una actividad muy practicada desde siempre pero incentivada con el desarrollo industrial desde mediado del siglo XIX. Creo que a esta cargada mula como escultura le ha faltado la figura del esforzado e inseparable mulero. Me viene a la memoria el mucho Arte del país a veces no suficientemente conocido y a Ulpiano Checa natural de Colmenar de Oreja como a ese gran maestro de lo ecuestre.

En una hora, tenemos ocasión de comprobar no solo lo bien elegido de este recorrido, sino que además y aun con ligeras ondulaciones se podría considerar llano, y nuestra retina retoza agradecida de verdor. Las pequeñas casas de campo están insertas en el paisaje y aunque hoy no parezcan habitadas, la labrada tierra y los cuidados frutales lo desmienten, me ha llamado la atención el porte de unas hermosas higueras, no dejándolas crecer en altura sino en extensión. En un momento, pasamos por una zona, digamos veraniega o de descanso que nos indica a 700 mts. El Portalón –y debe ser cojonudo yantar allí--. Mientras avanzamos y el camino se estira y tuerce lo que permanece siempre es el verdor, haciéndose más insistentes los olivos bien cargados con sus ramas flexadas como brazos que nos van diciendo adiós, tras los subidos bancales y el telón del ondulado y verde monte.



Al paso unas instalaciones llaman la atención por su adaptación al terreno, tiene fuente, mesas y hasta una alberca con escalinatas que cuando en verano se hace realidad, debe ser como el baño de Diana, un lugar de dioses. Es un sitio muy protegido del sol de tan escondido como parece, ya que el grupo pasa por él sin apenas percibirlo, el reducto ahora sin agua semeja una especie de circo romano, pero es un

lugar muy singular especialmente por su emplazamiento. Discurre allí un arroyo que para la época que estamos, y la larga estada de sequía, parece milagro. Tenemos suerte al pasar que la luz solar se complazca en este punto del camino para dejarnos la aparición del bello escenario que siempre queremos retener en nuestras retinas. No es poca su importancia porque es uno de los veneros que nutren al gran Tiétar. En nuestra fotografía surge el chorro de la oscuridad del bosque, como aparición o nacimiento ¡Oh, maravilla de la naturaleza! ¡Oh, mágicos rayos cósmicos que nos penetran! Lo decía, Fernando, en su discurso del autocar: Que no sabemos a ciencia cierta todo lo que nos influye de la radiación cósmica, y aunque menos da una biblia, ésta puede hacer milagros en nuestra forma de ser.



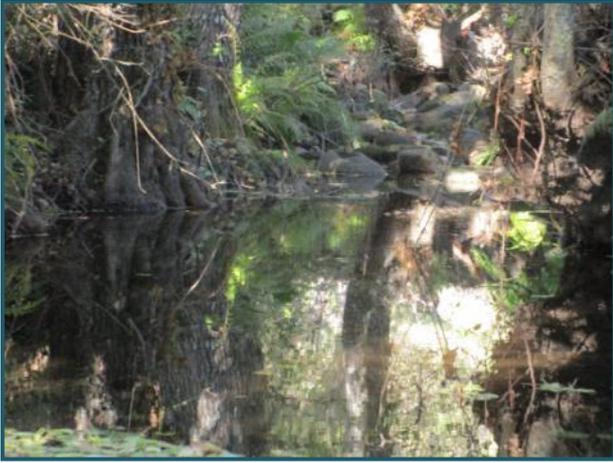
El camino cambia ahora en su aspecto y dirigimos nuestros pasos por el interior de una trinchera de suelo bien prensado, a través de paredes herbáceas y fuerte arbolado de pino, mientras subimos una ligera pendiente que nos depara seguidamente en un castañar, al cual acudimos sin pretenderlo, como peces en anzuelo, por la abundancia de sus frutos repartidos por el suelo. Llenamos las manos y llenamos los bolsillos. Esto no puede ser ‘pecao’ --pero sí lo era la vez que fui a Casillas--, fue divertido para la mayoría allí agachados riendo y alguien resultó magullado con algún aguijón incrustado de la coraza castañosa. La marcha enhebrada por el entusiasmo está siendo muy animada, hasta que en un momento Mariano da el alto para que todos retrocedamos hasta la bifurcación que acabábamos de pasar a la derecha que tiene un hito de piedra sobre una señal de coto de caza, y la señal bicolor junto a un árbol del GR por el que debemos transitar, muy importante en senderismo asegurar cuando hay bifurcaciones, ¡¡cuál es la

que hay que tomar!!.

Corregido el desliz, seguimos para discurrir por una zona bastante sombreada y fresca de variado arbolado, qué preciosidad de camino. Primera dificultad, cruzar una zona inundada por una escorrentía, sin duda, también tributaria del gran Tiétar. Y ya se sabe, si no te quieres mojar con un palo has de pasar. Nos vino bien para juntarnos de estirados que íbamos y después continuar hacia nuestro objetivo llamado Pedro Bernardo.



Llevábamos, como unas dos horas, cuando dejamos atrás las sombras de aquel armonioso humedal, y empezamos a percibir el calor de un día bien soleado y risueño, desfilamos derechos siguiendo la ladera serrana con fincas de recreo y labrantía, como las anteriores bien cuidadas, que nos muestran mediante bancales los explosivos olivos que no pueden negar el oro que les da su buena ubicación a la solana. Desde nuestra posición percibimos el anchuroso valle, donde sin refugio entra desde el cielo tanta luz que arranca del suelo una humedad que cubre todo el aire de una tenue pátina, que no impide llenar de verdor nuestras retinas y de grandeza inabarcable la inmensidad del paisaje en aquel valle. En alguna de estas parcelas cuyo bancale viene a lindar con la senda, no se puede evitar que de entre su altura, como si se les escurriera, vengan a caerle algunos apretados racimos de fina y menuda uva negra, tan tentadores y llamativos como un cogollo de amapolas. Y del tupido ramaje de sus olivos, colgando cargadas, cual perlas, nos alegraban las verdes olivas del frondoso olivar, preparadas ya para su ordeño. Es verdad que no se oía ningún canto ni silbido, ni piar, pero el camino la solana y también, los dulces racimos de menuda garnacha y el caminar imponían su alegre armonía. Todavía no eran las tres, pero Mariano nos avisa Pedro Bernardo está ya muy cerca.



En el Parque del Cerro y con cierto regusto nos aposentamos en redor del monolito homenaje a D. Arturo Duperier y, como va siendo cosa hecha, el vino de la bota corre lo suyo para alegrar la buena compañía, mientras despreciando los buenos consejos de los más entendidos, intercambiamos viandas y comemos un popurrí que pone en apuros mi resistente estómago. Es un momento tan dulce que, casi una hora, pasa en un santiamén. En este punto, casi media comitiva, pone punto y final a su caminata, mientras la otra mitad decidimos seguir. Acepto una invitación, no se por qué, de Antonio y me tomo un café con leche y hielo. Mientras el grupo ya había arrancado la marcha para proseguir la senda, porque la noche ahora se percibe mas cerca, con Antonio vamos tras ellos a uña de caballo, con el vaso de café en la mano, y enseguida les damos alcance, son alrededor de las cuatro, y tras dejar atrás una residencia de ancianos a los que observamos con gran respeto, pasamos adelante y luego bajamos por una empinada y corta cuesta, donde hay una instalación equina. Al rato de andar a buen ritmo por muy buen camino, notamos que vamos paralelos a un curso de agua,

y más adelante encontramos las ruinas de un antiguo molino de agua, todavía muy reconocible, me acerco sobre sus anchos muros de entrada de caudal y hasta la alta vasija contenedora, de unos tres mts. de diámetro por unos ocho de altura, de su volumen dependía la potencia a desarrollar, a través del chorro de salida del liquido elemento, bajo aquella instalación todavía podía verse tumbada la enorme y gruesa rueda de moler, creo, supone unos restos arqueológicos dignos de proteger.

El sendero es muy entretenido y cómodo porque discurre siempre con suave bajada entre un enorme arbolado y algunas fincas de ganado caballar y vacuno, parece mas largo que el de esta mañana, también más monótono, porque vamos entre montes, más encerrados, y cuando llevamos unas dos horas de caminata, cruzamos unas escorrentías que parecen contenerse en una especie de azud, monte abajo de este otro brazo del Tiétar. Al pasar junto a una de esas fincas ganaderas unos recios mastines, nos han detectado y ladran junto a su dueña que los recoge prudente y educada. Aunque el arbolado es muy notable y frondoso, pasamos muy rápidos sobre ellos porque ya predominan las sombras. Y sin más llegamos a Lanzahíta, donde nos espera el chófer con el autocar para recoger a toda la concurrencia en Pedro Bernardo, y ya sin más a casa. Pero no sin antes, haber aplaudido fuertemente a nuestros tres queridos personajes de hoy: Fernando, Luis y Mariano por haber puesto el toque necesario a que esta marcha haya sido extraordinaria. Ah, no quería olvidar, decir, que la marcha nos ha parecido a algunos de más kilómetros de lo que se dijo en un principio, ya que por el tiempo empleado nos salían 20 km o más.

